“América, Europa y los cambios de paradigma marcados por los Estados Unidos”, en Foro del Grupo Libertad y Democracia

ATENEO, 21 MAYO 2025

Agradezco muy sinceramente a los organizadores de este Seminario Internacional “FORO LIBERTAD Y DEMOCRACIA” su amable invitación.

Y aprovecho para felicitarles. Su convocatoria no puede ser más oportuna; denota una actitud responsable y alerta, a la altura del tiempo convulso que nos toca vivir.

Quiero decir también que para mí es un placer volver al Ateneo. Las paredes de esta Docta Casa albergan mucha historia de España.

Tomar la palabra desde esta tribuna tiene algo de reto inasequible: no desmerecer el eco de otras muchas, pronunciadas aquí en tantas ocasiones memorables. Apelo a vuestra benevolencia para juzgar la intención antes que el resultado.

Se me propone reflexionar acerca de “América, Europa y los cambios de paradigma marcados por los Estados Unidos”. Tema muy vasto, que me limitaré a rozar con el mayor rigor y concisión que pueda.

Donald Trump prometió una presidencia rompedora y está honrando su palabra. En pocos meses se han roto muchos equilibrios, frágiles y tensos de

antemano, pero que no esperábamos ver desaparecer tan rápido. Equilibrios geopolíticos, equilibrios comerciales. ¿En nombre de qué?

Más que liderar un partido tradicional, –artífice de parte de la mejor historia norteamericana–, el presidente Trump encabeza una corriente populista, un movimiento que promete “hacer América grande de nuevo”.

Y lo primero que deberíamos preguntarnos es cuándo dejó de ser grande América (los Estados Unidos de América). ¿A qué remota Edad de Oro se quiere regresar?

Porque si una “América grande” es una América basada en el nacionalismo económico, el proteccionismo, y una combinación de expansionismo continental y aislacionismo global, esa América no ha existido en los últimos cien años.

Precisamente, esta centuria ha sido el “siglo americano” por antonomasia. El periodo histórico en que Norteamérica se convirtió en superpotencia global. Cuando determinó el resultado de dos guerras mundiales, creó el orden internacional de posguerra y ganó la Guerra Fría, quedando sola y hegemónica, dueña del campo tras la implosión soviética.

De todo eso parece querer renegar el movimiento MAGA, que viene a ser algo así como la recusación de un éxito incontestable. Y un síntoma de fatiga antes que de fortaleza. Porque los Estados Unidos llevan soportando con creciente dificultad, desde hace tiempo, “el peso de la púrpura”; es decir, el alto precio inherente al rango de su propia grandeza.

En mi opinión, el presidente Trump le debe el cargo al rechazo que suscitaron sus oponentes; no a ninguna adhesión popular a su ideario.

Trump ha capitalizado el extravío extremista de los demócratas; ha rentabilizado el miedo, el malestar, la sensación de declive y el hastío de una población mayoritariamente harta de un wokismo delirante.

Un sufragio negativo ha vuelto a decidir la dirección de la primera potencia del planeta. Parece un signo de los tiempos.

Ganar porque el rechazo hacia el adversario es mayor que el entusiasmo de los propios permite ahorrarse programas meditados. Basta con atizar el sectarismo partidista y la división entre ciudadanos.

Y eso tiene consecuencias. No tener un mandato claro suele propiciar un rumbo errático en la acción de gobierno. Marchas y contramarchas, anuncios y rectificaciones dan un ritmo característico –estruendoso y sincopado– a los primeros compases dirigidos por la batuta de Trump.

La nota dominante, en todo caso, es muy reconocible: una mezcla abigarrada de regateo y autoritarismo personalista, para atrincherar Estados Unidos y volver a un mundo dividido en esferas de influencia. Un anacrónico ‘regreso a Yalta’ como programa alternativo a la utopía del “fin de la Historia”.

¿Y Europa? Creo que, por mucho que deba tomarse en serio el desafío y prepararse para afrontar consecuencias desagradables, cometería un grave error si desconociera que los Estados Unidos, con o sin Trump, seguirán siendo:

Un aliado imprescindible para nuestra seguridad.

Un proveedor tecnológico insustituible.

Un socio comercial e inversor prioritario.

Y una parte esencial de Occidente, entendido como ámbito común de valores democráticos.

Europa no debería tomar a Trump como pretexto para la inacción, o para prorrogar sine die un examen de conciencia que tiene pendiente.

Porque no es Trump el responsable de, por ejemplo, la inestabilidad política en Francia, donde hay gobiernos que duran tres meses para ser sucedidos por otros que compran tiempo a cambio de archivar reformas inaplazables.

No es Trump el responsable del auge de la extrema derecha en Alemania, ni de que en España se gobierne pidiendo permiso y al dictado de secesionistas y extremistas de izquierda, comunistas incluidos.

Tampoco podemos reprocharle que la brecha entre el PIB europeo y el norteamericano arroje un saldo del 30% en nuestra contra, ni de que los precios europeos de la energía sean cuatro veces superiores, ni de que no seamos capaces de completar en todas sus dimensiones nuestro mercado único.

No he querido ahorrarme críticas al actual presidente de los Estados Unidos. Nadie se habrá sorprendido, porque nunca he velado mi opinión; y desde hace bastantes años, por cierto.

Pero también parece de justicia reconocer ciertos méritos en su presidencia, así como denunciar cierta hipocresía en alguno de sus censores más acerbos.

Al fin y al cabo, debemos a Trump escenas inéditas y –me permito decirlo– regocijantes:

Antiamericanos furibundos lamentando que aquello de: “Yankees go home” y “OTAN no, bases fuera” pueda materializarse en Europa; y no por méritos propios.

Proteccionistas enardecidos, convertidos súbitamente a la más devota fe en el libre comercio y a punto casi de lanzar una Cruzada contra los aranceles.

Pacifistas de armas tomar reprochando el abandonismo americano en Ucrania.

Quienes siempre hemos defendido la libertad (también la económica), el libre comercio (incluso extendido), la OTAN (incluso ampliada), y el vínculo atlántico (aun reformulado), no necesitamos hacer piruetas para criticar cualquier política que amenace de frente todos esos valores.

Son otros los que deberían saludar, en América, la boga de muchas de sus fantasías; y reconocer, en el proceder de Trump, la propia imagen reflejada como en un espejo.

Un ejemplo. Quien deforma leyes para indultar sediciosos y luego amnistiarlos, debería tributar cálidas ovaciones a quien estrenó presidencia decretando el indulto de más de mil quinientos sediciosos, condenados por asaltar el Capitolio. Claro que, en este caso, el indulto figuraba en un programa.

Esta sala y vuestra compañía me han parecido el lugar y el auditorio idóneos para compartir estos pequeños apuntes y, de paso, tener la oportunidad de recordar que la coherencia es un rasgo de decoro político. Algo cuya desaparición todos debemos deplorar.

No tengo duda de que actos como este contribuyen a paliar, en cierta medida, tan desdichado deslizamiento y a dignificar nuestra conversación pública.

Muchas gracias.